

rarlos. Nada hay más nefasto que el "como si". Nada más desolador que el "poco más o menos".

Un concepto que hay que inyecta en la medula de nuestros huesos es el concepto del rigor y de la exactitud en todo. No hay infamia mayor que vivir en la mentira y para la mentira. La Escuela española tiene la oportunidad de conocer "su" verdad.

Maestro: ¿eres capaz de aplicar con toda verdad los Cuestionarios? Pues aplícalos. ¿No eres capaz de aplicarlos? Pues no simules que los aplicas. Pero, a solas, prepárate para que puedas hacerlo. Y hasta entonces no te digas a ti mismo que eres Maestro.

¿Qué labor complementaria corresponde hacer a los elementos directores?

En nuestro sentir podría sintetizarse su labor en los siguientes puntos: conocimiento absoluto de la realidad escolar española; paciente y activa espera. Paciente, porque todo fruto requiere sazón. Y activa, porque urge ir ha-

ciendo muchas cosas, alentando al propio tiempo a la iniciativa privada que quiera ayudar con honestidad de propósitos y con solvencia moral y científica.

También aconsejaría que cuidaran mucho de la alegría e interior satisfacción de todos. Porque sin esas dos cosas la obra del hombre es desmayada y seca.

BIBLIOGRAFÍA

- Un ensayo pedagógico: Programas del Instituto-Escuela.* Madrid, 1925.
FÉLIX MARTÍN ALPERA: *Programas escolares;* 6 volúmenes. Eds. Revista de Pedagogía, Madrid. (De los Programas de Lengua española hay una edición de 1944, en la que no figura el nombre del autor.)
JOSÉ XANDRI: *Programas graduados de enseñanza primaria.* Madrid, 1926.
ANGEL LLORCA: *El primer año de Lenguaje.* 2.ª ed. Madrid, 1933.
ANGEL LLORCA: *Los cuatro primeros años de Escuela primaria.* Madrid, 1929.
GARCÍA, HERNÁNDEZ Y BAYÓN: *Programas escolares graduados.*
RAMÓN TORROJA: *El llenguatge a l'escola.* Barcelona, 1932
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *El lenguaje en la Escuela.*

SOBRE LA REVISIÓN DE LOS CUESTIONARIOS DE LENGUA ESPAÑOLA

por ADOLFO MAILLO

Director del C. E. D. O. D. E. P.

Los Cuestionarios Nacionales para la Enseñanza Primaria, publicados en 6 de febrero de 1953, cuentan ya con siete años de vigencia, tiempo más que suficiente para que su aplicación permita establecer deducciones concretas en orden a su confirmación o a su rectificación. Tenemos mucho, sin embargo, que las modalidades de su puesta en práctica reduzcan no poco la legitimidad de unas conclusiones que, para ser atendibles, deberían proceder de una aplicación plena y rigurosa. ¿Tiene estas dos características el ensayo que, durante siete años, vienen haciendo de los Cuestionarios nuestras escuelas?

Pergeñamos rápidamente estas someras reflexiones, que pueden ser objeto de discusión en las reuniones de los Centros de Colaboración Pedagógica, a los que ha pedido el C. E. D. O. D. E. P. su opinión sobre las modificaciones que deben introducirse en los Cuestionarios Nacionales.

Dificultades de aplicación.

Se partió de la idea de que los Cuestionarios, aparte otros obstáculos de diversa índole, iban a tropezar con dos de gran importancia. El primero y primordial radicaba en su orientación activa, en pugna inevitable con una formación lingüística y didáctica de carácter estricta o predominantemente gramatical.

Cabía esperar que semejante orientación no fuese recibida de un modo favorable por todos los primarios; pero era legítima la esperanza de que, al menos los encargados de una función rectora y perfectiva de la labor de las escuelas y de la formación del personal que en ellas trabaja, saludasen una reforma metodológica de la envergadura, cariz y trascendencia ulterior de la que los Cuestionarios inauguraban con natural alegría, aunque señalando los lunares que ofreciesen, en un propósito de crítica sana y constructiva, que es la mejor forma de colaboración.

A la promulgación de los Cuestionarios siguió un largo silencio, que puede interpretarse de varias maneras. El que haya visto la luz, que sepamos, una sola reseña bibliográfica acerca de ellos escrita con la amplitud que el asunto merece, constituye un síntoma de atonía de imposible defensa, cualquiera que sea la perspectiva que adoptemos. Tal silencio equivalía a la inhibición de quienes estaban obligados a opinar a favor o en contra de una planificación del trabajo escolar que se intentaba en España por vez primera en el plano legal. Un hecho de tal trascendencia no podía contentarse con un encogimiento de hombros (1).

Prescindamos de las dificultades ingentes con que tropezaron las escuelas para redactar sus programas interpretando y

acomodando los Cuestionarios oficiales. Es un capítulo que merece exposición más amplia y pide otro lugar. Por estas y por otras circunstancias, las escuelas solicitaron un aplazamiento en la aplicación efectiva de los Cuestionarios, alegando la falta de libros adecuados para el comienzo de una labor que difería mucho de la tradicional y que, por ello mismo, necesitaba de instrumentos idóneos y nuevos. Tales instrumentos no se referían, como parecía lógico suponer, a la carencia de *Guías didácticas* y *Libros del Maestro* que explanasen con detalle los postulados implícitos en los Cuestionarios, sólo esbozados en una tipología de ejercicios prácticos cuya abundancia, que asustó a no pocos maestros, venía aconsejada tanto por los designios renovadores como por el impacto de sorpresa que iba a producir.

Se pensaba, como siempre ha hecho nuestra escuela, demasiado víctima de la "superstición libresco", en *Libros del Niño* y, dados nuestros hábitos escolares, omnipotentes, a lo que parece, desde hace treinta años, en *Enciclopedias* que, siguiendo lección por lección el desarrollo de las normas oficiales, permitiesen una aplicación de las mismas integral y cómoda.

Nadie, al menos públicamente, cayó en la cuenta de que la orientación activa de los Cuestionarios de Lengua impedía, en el noventa y cinco por ciento de su extensión, su incorporación a *Libros del alumno*, y ello no por capricho, sino por razones psicológicas que esbozamos ligeramente en otro lugar de este número.

Su índole no se acomoda a la estructura, propósitos y fines de un libro de texto (al menos tal como se conciben y utilizan ahora), ya que fueron pensados, en su conjunto, para derivar la acción didáctica, en materia lingüística, desde la memorización de definiciones y clasificaciones, al "trabajo activo" de pensar frases, completar proposiciones, adquirir vocabulario, idear oraciones o palabras en un contexto dado, enriquecer, matizar y flexibilizar, en suma, las capacidades infantiles de ideación y expresión. Así se pedía a las "Enciclopedias" algo que ellas no podían dar: el impulso, el tono y las directrices necesarios para hacer de la enseñanza del español en nuestras escuelas, no una yerba repetición de categorías gramaticales,

(1) Si comparamos las publicaciones españolas sobre los Cuestionarios de 1953 con los libros y artículos de revistas dedicados a glosar y facilitar la aplicación de los Programas italianos de 1955, el balance es desconsolador y acusa una especie de colapso de nuestra opinión pedagógica digno de la mayor atención. Hágase el cómputo del número de veces que los trabajos publicados aquí hacen referencia a los Cuestionarios y se verá que no exageramos.

que el niño no entiende en verdad, sino una faena entusiasta, esclarecedora y formativa de re-creación mental y verbal que sólo en el diálogo didáctico vivaz puede encontrar adecuada realización (2).

La falta de opiniones críticas acerca de los Cuestionarios, la proliferación de libros del alumno, que intentan, con buen ánimo, cierto es, la empresa imposible de dar en el libro del niño lo que sólo puede y debe ser materia de detallados y copiosos *Libros del Maestro*, los únicos capaces de suplir las deficiencias de una formación didáctico-lingüística anclada en concepciones antañonas y erróneas, constituyen indicios racionales que nos permiten poner en duda aquella aplicación rigurosa de los Cuestionarios de Lengua española que haría posible hoy formular conclusiones definitivas respecto de su acierto, así como fijar los extremos cuya rectificación aconsejaría una experimentación cabal (3).

Para que la enumeración sea completa hemos de añadir que faltó también la continuidad en el impulso que, desde arriba, debía completar la obra renovadora, sólo iniciada con la publicación de los Cuestionarios. Aunque tal no fuera el propósito, y es cierto que no lo fué, los hechos se sucedieron como si se pensara que para conseguir la transformación completa en la didáctica del idioma nacional bastara con el gesto mágico de lanzar desde el periódico oficial una normativa que se creía inspirada en los más eficaces postulados. Una consideración realista del problema hubiera partido de la necesidad de ambientar previamente la reforma, de divulgar ampliamente los principios a que obedecía, y de continuar, modestamente, ahincadamente, al nivel de cada zona de inspección, de cada Centro de Colaboración y, finalmente, de cada escuela, una obra que la publicación de los Cuestionarios sólo incoaba, como un deseo, una exigencia y una promesa inciertos de futuras tareas y rendimientos.

(2) Esto no quiere decir que abominemos de la Gramática, que tiene su indicación y su momento didácticos; mejor dicho, su lenta, progresiva y difícil imbricación en una sistematización de la cual la propia gramática es sólo un aspecto, y no el más importante. Pero todo esto incide sobre el gran problema de la elaboración de una Gramática escolar, cuyos datos atorgáramos la esperanza de que nuestro periódico en el presente número de *VIDA ESCOLAR*.

(3) Es falta en nuestra bibliografía escolar de Libros del Maestro, así como la falta de difusión de los casos que han visto la luz, es uno de los fenómenos menos halagadores en relación con la posibilidad de entronización de "métodos activos" en nuestras escuelas, actividades, éstas es, que signifiquen muy otra cosa que un guicho o improvisación. ¿Por qué nuestros maestros rechazan los libros dispuestos para facilitar su labor? He aquí uno de los temas que deberían ocupar con mayor provecho la atención de políticos y supervisores escolares.

Nada de esto se hizo, y las escuelas, esperando primero los "libros-sésamo", y aplicándolos después con la esperanza de que bastaran casi por sí solos para producir los efectos pedagógicos deseados, acaso están a punto de admitir, con talante irrefragable, que han incorporado plenamente a la realidad docente y educativa (es decir, a la mente de los niños, en función de cuyo mejoramiento se planean las reformas didácticas) los ambiciosos objetivos que los Cuestionarios Nacionales perseguían. Publicar tal estado de cosas, para poner de relieve la confusión que estamos a punto de padecer en la enseñanza de una materia política, social y pedagógicamente decisiva, es una parte de nuestro deber.

Cuestionarios y el C. E. D. O. D. E. P.

Una espera de siete años demuestra que no interviene en nuestro caso la precipitación. Por otra parte, el Centro de Documentación y Orientación Didáctica de Enseñanza Primaria ha hecho y está haciendo cuanto en su mano está para subsanar las deficiencias apuntadas que, por referirse a la lengua patria, encierran una trascendencia única.

En primer lugar, el señalamiento de la enseñanza del idioma como tema general para las tareas de los Centros de Colaboración en el presente curso, y la publicación del Temario y la Bibliografía orientadora, prueban nuestro desvelo por la cuestión que nos ocupa. Cualquiera que sea el destino que en cada caso espera a estas orientaciones, nadie podrá poner en duda honradamente nuestra buena voluntad, ni, llegado el caso, podrá privarnos, como Garcilaso diría, del "dolorido sentir".

La muestra más ostensible y cercana en este orden de preocupaciones es la publicación del presente número de *VIDA ESCOLAR*, intento que, así por su propósito como por la amplitud del criterio que ha presidido su preparación, creemos que puede parangonarse ventajosamente con todos los llevados a cabo en nuestra patria en cualquier grado docente.

El original de este número monográfico, completado con otras valiosas colaboraciones, que hemos solicitado al efec-

to, constituirá el primer libro publicado por el Centro, imposibilitado ahora, por falta de medios económicos, de emprender la serie de publicaciones que faltan en nuestra bibliografía para dar, teórica y prácticamente, cima al empeño que anima a los Cuestionarios.

Pero no nos basta con ofrecer, en apretada síntesis (porque el espacio no nos permite otra cosa, dado nuestro propósito abarcador), una panorámica amplia del "estado de la cuestión", en lo que a la didáctica de la lengua se refiere, para estimular la reflexión de cuantos pueden contribuir a hacer luz en esta materia.

Dentro de pocos días, antes que este número llegue a las escuelas, se reunirá, por vez primera, nuestro *Grupo de Trabajo Didáctico sobre Enseñanza del Idioma*, que agrupa a cerca de treinta profesionales (Maestros, Directores de Grupos Escolares, Inspectores, Profesores de Escuelas del Magisterio) de la docencia primaria, pero en el que figuran como consultores siete catedráticos de Instituto y de Universidad, seleccionados entre los que con sus obras han demostrado una preocupación más eficiente en relación con los problemas de la didáctica (ciertamente apenas desbrozados entre nosotros fuera del campo primario, lo que constituye una causa de notorio retraso científico respecto de otros países en este orden de investigaciones). *VIDA ESCOLAR* y *PERFIL* irán dando a conocer, ya las tareas, ya las conclusiones a que va llegando este Grupo en una labor muy complicada, porque hay que procurar primero el acercamiento de los puntos de vista, ahora opuestos, entre gramáticos, psicólogos y pedagogos. Quedan, por último, los Cursillos de perfeccionamiento sobre didáctica de la lengua, que teníamos planeados desde hace años y que nos hemos visto obligados a aplazar por motivos financieros. Si estas causas no pusiesen sordina a nuestros anhelos, a estas horas los problemas que nos ocupan hubieran recibido un impulso considerable. Pero para resolverlos es preciso plantearlos antes.

Tal ha sido el propósito de nuestras colaboraciones en el presente número de *VIDA ESCOLAR*, y especialmente de este comentario final, que deseamos sea considerado en sus propios términos.

El entendimiento, en su función lógica, desconfía, con razón, de la influencia, en ocasiones perniciosa, del sentimiento; pero su prudencia tiene como contrapartida la lentitud de su marcha. Un conocimiento objetivo procede por etapas que se condicionan unas a otras, y la idea abstracta no tiene nada de improvisación. En su función imaginativa el espíritu se hace audaz y utiliza la sensibilidad.

(JEANNE BERNIS: *L'imagination*. P. U. F. Paris, 1958, página 114.)